



Diagnóstico sin tratamiento

El autor enumera los problemas que dificultan una salida a la crisis económica y social, diagnosticados hasta la saciedad pero sin que nadie mueva ficha

Javier Otazu



PRONTO comenzará un nuevo año que, entre otras novedades, estará marcado por la gran cantidad de citas electorales que se darán en el mismo.

¿Qué nos deparará el nuevo año? ¿Mejorará el paro? ¿Volverá la senda del crecimiento económico? ¿Mejorarán las tensiones mundiales? Todas estas cuestiones son muy complejas de resolver, ya que basta ver lo que ha pasado durante este año: hechos como la irrupción del Estado Islámico en Siria, la revolución de Ucrania o incluso la confesión de Jordi Pujol eran completamente impredecibles y demuestran que vivimos en un mundo en el que cada vez con más intensidad predomina la incertidumbre. Por eso es importante plantear un diagnóstico acerca de la situación económica y social que nos va a tocar vivir. Como cualquier médico sabe, sin un buen diagnóstico no es posible un buen tratamiento.

Es difícil negar que estamos viendo una época de desencanto y de desilusión en la cual observamos cómo muchos de los sueños y esperanzas que teníamos en nuestro futuro se han quedado en eso, en sueños. Se percibe un gran desengaño respecto de los partidos políticos y muchas son ya las personas que no creen en la tan manida "regeneración democrática", en la "eliminación de la corrupción" y en el "fin de las prebendas".

¿Qué podemos hacer ante ello? ¿Existe salida? La ciudadanía está desilusionada ya que percibe que ninguno de los partidos tradicionales se preocupa de sus problemas. ¿Cuáles son esos problemas, qué es lo que preocupa hoy a la sociedad?

1.- La crisis económica es debida, principalmente, al gran desajuste existente entre la sociedad y la economía. En otras épocas la economía se adaptaba bien a la sociedad, ya que las clases más bajas podían trabajar primero en el campo y después en las ciudades. Sin embargo, los avances tecnológicos nos han llevado a una situación especial: ya no es necesario que trabaje tanta gen-

te, en consecuencia el trabajador ha perdido poder de negociación, y aparecen dos nuevas clases sociales que antes no existían. Está formada por las personas que se han quedado ya fuera del sistema y no van a poder trabajar (llamada, por algunos expertos, las personas de producto marginal cero) y por otro por aquellas personas que trabajando no salen de la miseria. En otras palabras, por primera vez existen personas que trabajando son pobres; y todo ello es debido a la precariedad y a la bajada de los salarios.

2.- La política no ejerce el papel de regulación social que debería. Muchas personas creemos que se ha convertido en un circo más, como el del corazón o el deporte. Un día sí y otro también vemos a políticos dando sus opiniones y repartiendo estopa al rival del otro lado sin profundizar en nuestros problemas reales. Y el problema no son los políticos: el problema son las estructuras en las que se encuentran y en los incentivos que tienen.

Estos problemas nos han llevado a una pérdida de esperanza generalizada que recuerda a la Argentina del corralito, cuando decían que "hemos perdido la alegría".

El ritmo de vida que tenemos nos lleva muchas veces a sacar lo peor que tenemos dentro lo cual genera casos de corrupción, inacción, pasividad y desencanto, de manera que al centrar nuestra vida en el dinero olvidamos los ideales o el altruismo. Y eso es así ya que lograr la fama, el poder o la presencia en los medios de comunicación hace que muchas personas sean capaces de hacer cualquier cosa para lograrlo.

Todo este cóctel hace que po-

damos diagnosticar la situación como sigue: desencanto general, sistema que demasiadas veces saca lo peor que tenemos dentro.

Sabiendo eso, está claro que necesitamos unas instituciones y un sistema económico y social que nos permita sacar lo mejor de nosotros mismos. Y es que las personas podemos ser en un mismo día ángeles y demonios: incluso Hitler era muy cariñoso con su perro cuando le sacaba a pasear todos los días con una cometa.

Así, hemos llegado al meollo de la cuestión. ¿Cómo logramos ese sistema económico?

Precisamente ahí es donde debería estar el debate, en el cómo. Necesitamos una justicia más rápida y efectiva; así los incentivos para delinquir serán más bajos. Necesitamos un plan económico focalizado en energías renovables, tecnologías avanzadas o en aspectos diferenciales de cada región previamente debatidos por expertos para posicionarnos en el mercado global. Necesitamos una educación que genere "entrepreneurs", es decir, personas con iniciativa, creatividad y audacia en todos los ámbitos de la vida.

Necesitamos una fiscalidad que no permita que algunas empresas con beneficios enormes paguen impuestos ridículos. Necesitamos una administración rápida y ágil para realizar todas las gestiones burocráticas de la forma más sencilla posible. Necesitamos cambiar la estructura de los partidos políticos para que su prioridad sea el bien común.

Necesitamos tantas cosas...
 ¿Cómo lo hacemos?

Javier Otazu Ojer es profesor de Economía de la UNED de Tudela.

